

II. NOTAS DE INVESTIGACIÓN

RAFAEL HERNÁNDEZ (1948). Maestro en Ciencias Políticas. Dirige el Departamento de América del Norte en el CEA.

REDI GOMIS (1957). Lic. en Psicología Social. Investigador del Departamento de América del Norte en el CEA.

Retrato del Mariel: el ángulo socioeconómico

Las características socioeconómicas de los migrantes muestran la elevada presencia de elementos antisociales y revelan el papel del mercado de consumo norteamericano como fuente de atracción migratoria

INTRODUCCIÓN

Comúnmente se acepta que entre los factores responsables del recorrido social y económico —y, por supuesto, del destino final— de un grupo inmigrante cualquiera en el país receptor, se encuentra lo que pudiéramos llamar la calificación socioeconómica de los individuos que lo componen.

Aunque el grado de compatibilidad de sus cualidades con los requerimientos económicos, políticos y sociales de esa sociedad no sea una garantía absoluta, sí puede favorecer o entorpecer el logro de posiciones determinadas. Por regla general, el elevado nivel educacional, una sólida experiencia laboral, una actitud favorable hacia la actividad productiva, habilidades compatibles con las nuevas demandas y una preparación adecuada para vivir en las condiciones en que se va a desempeñar la nueva vida, son elementos que se identifican como indicadores importantes en la adaptación y ajuste del inmigrante.

El presente trabajo es resultado de un estudio orientado a indagar acerca del proceso de integración estructural en la sociedad norteamericana del contingente de inmigrantes que, procedentes del puerto habanero del Mariel, irrumpió en 1980 en el Sur de la Florida. En esta perspectiva, el conocimiento profundo de los atributos de origen de esta población constituye un momento primordial del análisis. En efecto, el resultado de la contratación entre las cualidades mostradas por estas personas al momento de partir y las presentadas luego de una estancia más o menos prolongada en su nuevo contexto vital, resultaría un indicador significativo para poder caracterizar el mencionado proceso de inserción.

En correspondencia con lo anterior, nuestro propósito básico consiste en presentar, a la luz de datos obtenidos en fuentes cubanas, un perfil socioeconómico de la población del Mariel según sus rasgos más sobresalientes, teniendo en cuenta las diferencias que marca con respecto a la sociedad cubana de entonces y a otros grupos que habían salido anteriormente del país. Este análisis permite ubicar algunos

factores objetivos de esta emigración, así como estimar algunas dificultades que estos migrantes han encontrado en su inserción en la sociedad norteamericana.¹ Como paso previo, se presentará una panorámica del contexto en que ha tenido lugar la migración cubana hacia los Estados Unidos, y particularmente el fenómeno del Mariel.

LAS RELACIONES ESTADOS UNIDOS-CUBA y EL CICLO MIGRATORIO

El fenómeno de la emigración cubana debe analizarse en su íntima vinculación histórica con el proceso concreto de las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba a lo largo de este cuarto de siglo.

En un estudio pionero que abrió el camino para una comprensión integral de la comunidad cubana, Lourdes Casal establecía una periodización de estas relaciones considerando como variable de control la cuestión migratoria.² En nuestra opinión, ya se han cumplido cinco etapas nítidamente diferenciadas en el proceso de la política norteamericana hacia Cuba —en su dimensión migratoria—, y estamos viviendo una sexta.³ Como se aprecia en el cuadro de la página 127, las acciones hostiles del gobierno de los Estados Unidos hacia Cuba se han dirigido históricamente a crear una presión migratoria crítica que se libera como una especie de válvula de escape, produciendo cada vez un nuevo ciclo migratorio. El efecto de estas oleadas migratorias es uno de los fenómenos más característicos de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, y forma parte de los escenarios que recurren entre ambos, a partir de los intentos norteamericanos por operar los mecanismos migratorios a su favor y colocar a la Revolución Cubana en una situación crítica.

Según sus derroteros históricos, la política migratoria hacia Cuba se dirige en definitiva a explotar la migración como un instrumento de propaganda y agresión, dentro de una estrategia de escalada general. Ahora bien, en qué medida, con todas sus características peculiares, esta política responde a una tendencia general al nivel de su política exterior, particularmente hacia los países subdesarrollados y hacia los países socialistas, es una cuestión que vale la pena examinar.

Las políticas migratorias de los Estados Unidos están íntimamente relacionadas con los problemas del mercado laboral al nivel regional y mundial, y no se pueden entender si no es en el marco de la división internacional capitalista del trabajo. Pero no es menos cierto que el peso creciente de las implicaciones políticas incide directamente en la configuración del núcleo de estas políticas inmigratorias. Así, sin abandonar su función respecto a las necesidades económicas del desarrollo del

¹ Todos los datos que han servido para apoyar los análisis sobre los “marielitos” se han extraído de las diferentes planillas que la Dirección Nacional de Inmigración les llenó antes de abandonar el país. Se utilizó para el trabajo una muestra que abarcó un total de 5 264 casos, obtenidos aleatoriamente.

² Lourdes Casal *et al.*: *The Cuban Minority in the U.S. Preliminary Report on Need Identification & Program Evaluation*, Boca Ratón, Fla.. 1974.

³ Cfr. Rafael Hernández: *La política inmigratoria de Estados Unidos y la Revolución Cubana*, Avances de Investigación no. 2, CEA. 1980.

capitalismo en los Estados Unidos, la legislación migratoria responde también a las tendencias políticas predominantes, que se reflejan especialmente en la llamada política de refugiados.

De acuerdo con una definición tradicional de la legislación inmigratoria norteamericana, un refugiado es una persona que huye de “cualquier país controlado por los comunistas, por persecución o temor a ser perseguido y que no quiere regresar a su país debido a esa persecución o el miedo a ella; también puede ser alguien que sufra esto por motivos raciales, religiosos, laborales o cualquier otro; o que se haya visto afectado por catástrofes naturales o militares”.⁴ Supuestamente, la ley de 1980 era más justa en su definición de refugiado, acogiendo aquella acuñada por las Naciones Unidas en el sentido de la persona “que no puede regresar a su país sin temor a la persecución”. Pero tanto en la antigua letra como en la interpretación de esa ley se privilegia sin embargo el anticomunismo. La simple inspección de las cuotas de refugiados correspondientes al período de 1982 resulta elocuente. Así, del Sudeste Asiático (Vietnam, Kampuchea) provenían el 70%; de Europa socialista (Polonia, URSS) el 17%; del Medio Oriente (Irán, Afganistán) el 9%; de África (Etiopía) el 3,3%; y de América Latina y el Caribe el 2%. Países donde existe persecución política como Corea del Sur, los territorios palestinos ocupados por Israel, Sudáfrica y las dictaduras de América Latina, incluidas las centroamericanas, no recibían ninguna atención especial. Fuera de este margen exiguo para el otrora privilegiado hemisferio occidental sólo estaban ciertos “centroamericanos” —entiéndase, los nicaragüenses exiliados en Honduras y, naturalmente, los cubanos. La política inmigratoria de los Estados Unidos no ha hecho esta misma excepción con los refugiados políticos reales, víctimas de persecución, represión y holocausto en Chile, en el período de las Juntas Militares en Argentina, en El Salvador, en Haití y otros países cuyos gobiernos no calificarían de respetuosos de los derechos humanos.

ETAPAS DE LA POLÍTICA NORTEAMERICANA HACIA CUBA. SEGÚN EL MECANISMO MIGRATORIO

Administración	Medios de política	Monto migratorio	Etapas migratorias
1. Eisenhower (R)-Kennedy (D) (Ene. 1959-Oct. 1962)	Campañas, amenazas, presiones económicas y bloqueo, hostilidad diplomática, acciones militares. (Predominio: militar y	200 000	Desde la acogida a los criminales de guerra hasta la interrupción de los vuelos por la crisis de octubre.

⁴ *Ibidem*, pp. 21-22.

	económico.)		
2. Kennedy (D)-Johnson (D) (Nov. 1962-Oct. 1965)	Aislamiento diplomático, consolidación del bloqueo, acciones subversivas, terrorismo. (Predominio: subversión.)	30 000	Desde la crisis de octubre hasta Camarioca y los acuerdos del puente aéreo.
3. Johnson (D)-Nixon (R) (Nov. 1965-1973)	Bloqueo, terrorismo (se empieza a quebrar el aislamiento regional: 1970). (Predominio: económico.)	240 000	Duración del puente aéreo.
4. Nixon (R)-Ford (R) (1973-marzo 1977)	Terrorismo, bloqueo (hay presiones para levantarlo). (Se debilita la actividad subversiva y retrocede el aislamiento regional.) (Predominio: transición diplomática.)	17 000	Desde el fin del puente aéreo al levantamiento de las prohibiciones para viajar a Cuba.
5. Carter (D) (marzo 1977 Sept. 1980)	Diálogo, reducción del bloqueo y de hostilidades diplomáticas: 1977-78. Presiones diplomáticas, amenazas, campañas. (Predominio: diplomático)	162 000	Desde el levantamiento de las prohibiciones hasta el Mariel (abril.septiembre de 1980).
6. Carter (D)-Reagan (R) (Sept. 1980)	Campañas, reforzamiento del bloqueo, amenazas militares, presiones diplomáticas regionales. (Predominio:	45 000*	Desde el Mariel (septiembre de 1980).

	amenaza militar y guerra ideológica.)		
--	---------------------------------------	--	--

(*)1981-1984 Esta cifra y las de las etapas 4 y 5, se basan en datos del Comité Estatal de Estadísticas.

Las anteriores se basan en fuentes gubernamentales de los Estados Unidos.

La orientación de esta legislación era la descentralización de la ubicación de los refugiados, asignando una parte mayoritaria de su presupuesto a otros países y dedicándole sólo menos de un 40% a la relocalización dentro de los Estados Unidos. Sin embargo, Cuba ha mantenido para los Estados Unidos el dudoso privilegio de estar entre los países subdesarrollados —ante los cuales tienen una determinada política migratoria— pero también entre los países socialistas —hacia los cuales tienen otra bastante diferente.

Ya en la ley de 1965 se les brindaba a los cubanos la categoría de *parolees* (personas aprobadas por el Fiscal General para entrar en condiciones especiales a los Estados Unidos), asignándoseles un margen extra respecto a la cuota que les debería estar asignada en términos equitativos en el marco global del hemisferio occidental. Estos *parolees*, que tenían algunas limitaciones temporales respecto a su estatuto legal definitivo como residentes, quedaban abarcados (junto con los que habrían calificado de inmigrantes o de no inmigrantes, según la clasificación migratoria legal) por la categoría omnicomprendiva y privilegiada de refugiado.

Así, los cubanos estaban fuera de las restricciones impuestas por la ley de 1965, que establecía por primera vez una cuota al hemisferio occidental. Esta excepción se consagró definitivamente en la ley 89-732, dictada por Johnson en noviembre de 1966 y conocida como ley de los refugiados cubanos. Pero además su “excepcionalidad” les daba facilidades para adquirir residencia permanente en los Estados Unidos. De manera que, en su momento, más de 125 000 cubanos pudieron estar en condiciones de convertirse en residentes permanentes por haber permanecido en los Estados Unidos durante dos años. Esta situación se ha repetido con los actuales “marielitos” casi textualmente.⁵

Como se advierte, en términos de política inmigratoria Cuba no califica como país latinoamericano, ni siquiera como país del hemisferio occidental, sino en el grupo en que están Vietnam, Kampuchea y en general los países socialistas. A diferencia de los dominicanos, haitianos y mexicanos que ingresan a los Estados Unidos, los cubanos que han llegado a ese país en estricta violación de la legislación

⁵ De hecho, al flujo inmigratorio del 80 se le categorizó en su momento como *entrants*, en un *status* según el cual no se podría trabajar, ni ser beneficiado por la seguridad social ya que legalmente no estaban admitidos en ninguna de las categorías aceptadas.

A principios de 1984, la administración Reagan planteó que aquella ley de Ajuste de los Cubanos (*Cuban Adjustment Act*) de 1966 se aplicaría a los 125 000 del Mariel. De manera que esto les permitiría adquirir la residencia permanente y en un breve plazo poder aspirar a la ciudadanía norteamericana. El Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) confirmó esta proposición de la administración el 19 de octubre de 1984. Esto se hizo al margen de la Ley de Inmigración de 1980, que establecía una serie de restricciones por las cuales no calificarían los de origen cubano.

norteamericana no son considerados indocumentados y, por consiguiente, no resultan objeto de las restricciones establecidas por el reciente proyecto de ley Simpson-Mazzoli,⁶ que sí afecta a otros grupos inmigrantes como los mexicanos y centroamericanos, que buscan oportunidades económicas que les permitan sobrevivir. Así como el proyecto Simpson-Mazzoli constituye un instrumento de la política exterior de los Estados Unidos hacia los países latinoamericanos más afectados, como es particularmente México, la política migratoria que se sigue hacia Cuba, con otro signo, también es un instrumento de la política exterior norteamericana, en la medida en que se propone afectar interna y externamente a la Revolución Cubana por medio de la manipulación de, una migración que, aun cuando tiene su condicionamiento económico específico —el consumo—, es presentada tradicionalmente como un fenómeno político.

Lo que hay de político en la migración de cubanos hacia los Estados Unidos no radica tanto en la estimulación provocada por una ideología contrarrevolucionaria, de la cual carecen la mayoría de los migrantes, sino en un cuadro de relaciones impuesto por los Estados Unidos, que condiciona políticamente el flujo migratorio. Por ello, aun la motivación consumista de la gran mayoría de esta población migrante resulta inseparable de la proyección política norteamericana contra Cuba.

Desde hace veinticinco años se ha manipulado a esta inmigración para exhibirla como evidencia de la falla del sistema socialista en Cuba, con el objetivo político definido de fabricar un escenario no sólo de falta de libertad en general, sino de “stalinización”, “satelización”, y otras deformaciones que persiguen, presentar a Cuba como un íncubo del “comunismo internacional”, capaz de cualquier fechoría en su propia casa y, desde luego, en la ajena.

Ahora bien, una consecuencia lógica del privilegio a los “refugiados políticos cubanos” radica en que la categoría de “querer escapar del comunismo” abarca perfectamente a personas con antecedentes penales, ya que estas cumplen el requisito esencial que supuestamente demanda la legislación tal como ha sido aplicada por las sucesivas administraciones norteamericanas hasta hoy. De hecho, en las primeras oleadas que llegaron de Cuba en 1959 iban los criminales de guerra, que encontraron, el efecto, un refugio en los Estados Unidos. Consecuentemente, los terroristas y expresos contrarrevolucionarios, en muchos casos involucrados directamente en acciones criminales, también han sido recibidos históricamente en ese país. No es sino en este último grupo correspondiente a 1980 en que se ha establecido una división taxativa, que hace un grupo aparte de aquellos refugiados que estaban cumpliendo prisión por delitos menores.⁷ Es evidente que la presencia de esta gente en los Estados Unidos, junto con una apreciable cantidad que detenta antecedentes

⁶ El proyecto de Ley Simpson-Mazzoli restringe la legalización de indocumentados, considerando sólo aquellos que puedan probar su presencia en los Estados Unidos antes del 1ro. de enero de 1980 —o sea, antes del Mariel— y refuerza la penalización de aquellos norteamericanos que transporten o contraten inmigrantes ilegales de esa fecha en lo adelante.

⁷ “Salieron efectivamente gente que tenía responsabilidades menores, pero no de otra categoría”. (Entrevista a Fidel realizada por periodistas de *The Washington Post*. Granma, La Habana, 11 de febrero de 1985, p. 2).

penales, es el resultado natural de la aplicación consecuente de esa política de “refugiados” que desde Kennedy hasta Reagan ha estado vigente como instrumento básico de hostilización contra Cuba. La carencia a lo largo de casi veintisiete años de un acuerdo estable que regule el flujo migratorio entre los Estados Unidos y Cuba, sólo se explica por el predominio de una política de fuerza que ha revocado los avances de 1965, 1978 Y 1984 bajo el peso de esa hostilidad.

EL MARIEL: PROBLEMAS PARA SU ESTUDIO

La emigración hacia los Estados Unidos no constituye un fenómeno aislado ni privativo de Cuba. En primer término, la inmigración de contingentes humanos en los Estados Unidos procedentes de los países subdesarrollados se ha venido incrementando desde las dos últimas décadas. Las estadísticas norteamericanas reflejan la tendencia al aumento de este tipo de inmigración, mientras que la de los países de Europa Occidental y Japón ha tendido a disminuir o a mantenerse estacionaria.⁸

En este nivel de análisis, el Mariel puede considerarse como un caso más de la tendencia migratoria internacional, que aparece como consecuencia de las profundas relaciones de desigualdad existentes entre las distintas regiones del mundo. Así, se origina una corriente que va desde los países menos desarrollados hacia las naciones de mayor desarrollo relativo, en las que los emigrantes creen percibir las oportunidades de integrar un estilo de vida que les ha sido anunciado y que por consiguiente desean.

En un nivel de análisis más cercano —y siempre a partir de esta dinámica migratoria mundial—, tenemos la inmigración en los Estados Unidos desde los países latinoamericanos y caribeños, en la cual también se insertan la corriente migratoria cubana y el fenómeno del Mariel. Un informe del Departamento de Estado de los Estados Unidos de mayo de 1980 establece que anualmente se estaban recibiendo cuatro millones de solicitudes de visas de los países latinoamericanos. Además, entre 1967 y 1976 se había mostrado un incremento del 43,4% en relación con el decenio anterior.⁹

La emigración del Mariel también forma parte inseparable del movimiento migratorio que se inició en Cuba después del triunfo de la Revolución. En todo este proceso migratorio, tanto la política norteamericana como la comunidad cubana han desempeñado un papel de primer orden. Hay que situar el Mariel en el contexto que cubre el desarrollo socioeconómico y político de Cuba y el invariable deterioro de las relaciones entre los Estados Unidos y nuestro país. Como se ha apuntado, el gobierno norteamericano no ha dejado de concebir mecanismos económicos, políticos, ideológicos y militares con el objetivo de desacreditar y desestabilizar a la Revolución. Si una premisa del acto migratorio es que el sujeto que lo realiza tenga la intención y la disposición de hacerlo, puede establecerse que el Mariel constituyó

⁸ Cfr. U.S. Bureau of the Census: *Statistical Abstract 01 the United States 1982.83*, 103 d. Edition, Washington DC, 1982, pp. 89-90.

⁹ Cfr. Barry Sklaar: “Cuban Exodus, 1980: The Contexto” (folleto mimeografiado).

el resultado de la manipulación del afán consumista de determinados sectores de la población cubana, a través de la proyección de un “exilio dorado” donde todo se presentaba poco menos que al alcance de la mano.

Es un hecho cierto que las condiciones en que la emigración cubana fue recibida en los Estados Unidos, así como su estructura socioeconómica característica durante las primeras etapas, dio lugar a una posición relativa superior a otros segmentos de la población hispana del país, especialmente de puertorriqueños y chicanos. A pesar de ello, la pérdida de *status* socioeconómico respecto a la sociedad global sufrida por los inmigrantes cubanos en los Estados Unidos, expresada en su alto componente actual de trabajadores directos y su tendencia creciente a la proletarización, manifiesta la situación real de esta población.¹⁰

La carencia de una base de referencia objetiva, debido a la falta de conocimiento sobre la realidad en los Estados Unidos —y en particular acerca de la suerte de la comunidad cubana en ese país—, así como la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos, contribuyeron a la existencia de un componente irracional que, junto a otras causas, afectó en gran medida la decisión de emigrar. Estos son algunos rasgos relevantes que se pasan por alto en la inmensa mayoría de la bibliografía norteamericana que aborda el estudio del Mariel.

Desde los inicios mismos del proceso migratorio del Mariel, apenas comenzaron a arribar los primeros inmigrantes, numerosos investigadores se volcaron a realizar estudios tendientes a desentrañar los rasgos más sobresalientes del recién llegado grupo de cubanos.¹¹ Con tales estudios se perseguía alcanzar varios objetivos fundamentales: 1) compararlos con los grupos previos para verificar si se distinguían del patrón definido por todo el conjunto que abandonó el país a lo largo de las diversas etapas por las que había pasado el movimiento migratorio hasta los años setenta; 2) tomarlos como fuente de información para sacar conclusiones incisivas de la sociedad cubana actual y del socialismo como sistema político; 3) comprobar o desaprobando lo que se afirmaba acerca de los “marielitos” y, eventualmente, condenar sobre esta base al gobierno cubano por “vaciar sus cárceles y hospitales” en los botes que formaban lo que se dio en llamar el corredor marítimo Mariel-Cayo Hueso; 4) hacer pronósticos sobre el éxito o fracaso futuro de los “marielitos”. Naturalmente, estos objetivos no eran excluyentes entre sí. .

De forma general, se pudiera caracterizar la bibliografía norteamericana sobre el tema partiendo de los siguientes rasgos: a) los datos que se utilizan para apoyar las distintas ideas y conclusiones se han obtenido en la mayoría de los casos a partir de

¹⁰ Cfr. Juan Valdés Paz y Rafael Hernández: “La estructura de clase de la comunidad cubana en los Estados Unidos”. En *Cuadernos de Nuestra América*, vol. I, no. 0, julio-diciembre de 1983.

¹¹ Entre otros autores y textos importantes, pudieran consultarse: Robert Bach *et al.*: “The Flotilla 'Entrants': Latest and Most Controversial”; Barry Sklaar: “Cuban Exodus 1980: The Context”; Juan Clark *et al.*: “The 1980 Mariel Exodus: An Assessment and Prospect”; Silvia Unzueta: “The Mariel Exodus: a Year in Retrospect”; José I. Lasaga: “Survey of Cuban Refugees: Exodus, Employment, Housing”; Dorita Marina *et al.*: “The Mariel Refugee: Who is He?”; Frank Spencer: “Cuban Crisis 1980, Mental Health Care Issues”; Silvia Pedraza-Bailey: “Cuba's Exiles: Portrait of a Refugee Migration”.

muestras poco representativa,s, por lo que la información aparece en general, sesgada; b) la obtención de los datos se apoya en lo que los propios implicados en el proceso han suministrado a través de entrevistas, encuestas y otros medios afines. Esta práctica metodológica como forma única de obtener información nos lleva a cuestionar su validez en general; c) en la mayoría de los casos los análisis realizados son parciales —demográficos, siquiátricos, criminales, etc.—, y no buscan integrar todos los factores que inciden sobre la situación; d) existe una evidente distorsión ideológica en el análisis de los datos, lo que se expresa, entre otras cosas, en las derivaciones respecto a la sociedad cubana.

En resumen, la bibliografía norteamericana sobre el particular, tomada globalmente, brinda una visión parcial con limitaciones en la posibilidad de generalización de los resultados debido a la carencia de la representatividad de las muestras. También reduce la validez de la información, al no permitir discernir con certeza la veracidad o falsedad de lo que el entrevistado dice de sí mismo —y hay razones para suponer que sus confesiones sean interesadas. Pero no puede pensarse, sin embargo, que estos estudios no contengan aspectos positivos y elementos valiosos que permitan avanzar en el estudio de tan importante tema.

A continuación abordaremos el análisis de las características más sobresalientes de esta población migrante, tal y como se presentaba al momento de partir. Nos centraremos en el núcleo de sus cualidades socioeconómicas, que junto a otras características demográficas del contingente, nos permitirá determinar los grupos más importantes que lo componen, así como establecer algunas consideraciones sobre las condiciones objetivas que pudieran haber actuado en este caso como catalizadores migratorios.

SITUACIÓN LABORAL

Tomando en cuenta todas las edades y sexos, el migrante del Mariel tendía a ser, en términos absolutos para el conjunto de la población al momento de su partida, una persona no incorporada efectivamente a la fuerza laboral del país por alguna de las tres razones siguientes: a) por no tener la edad requerida; b) por encontrarse en alguna parte de la población económicamente no activa (PENA); c) o simplemente por estar desocupada.

En efecto, según se pudo comprobar en los análisis realizados sólo el 32,5% de todos los “marielitos” estaban trabajando al marcharse del país.

Esto implica que las dos terceras partes de los mismos no tenían una participación económica activa, sino que se hallaban sumidos en una dependencia total o parcial de otros. Examinemos cada uno de estos tres factores señalados para ver el peso que tienen en el 67,5% de los migrantes que se hallaban al margen de la economía nacional.

Los que no tenían la edad para trabajar

Como se sabe, la edad constituye uno de los elementos que se toma en consideración para que una persona pueda tener acceso al trabajo, al menos desde el punto de vista legal. Es requisito indispensable, pues, haber rebasado los límites de una edad mínima para poder aspirar a ocupar algún empleo. En el Mariel, el grupo de los menores de edad, aun cuando no tenían un peso sobresaliente constituía un monto no despreciable. Los que tenían hasta 15 años —rango de edades en que la ley cubana impide trabajar— representaban el 15.5% del total y el 23% de todos los que no tenían vinculación laboral efectiva.

Existe otro grupo etéreo —que son los mayores de 60 para los hombres y las mayores de 55 años para las mujeres, edades de retiro respectivas—, que también podrían encontrar afectadas sus capacidades laborales por razones de edad, y por tanto estar separados del proceso productivo.

Pero como esto no es así necesariamente, a este grupo lo analizamos bajo otro encabezamiento, ya sea como parte de la población empleada o como parte de una de las restantes categorías inactivas económicamente correspondientes a la PENA.

Población económicamente no activa (PENA)

La PENA contempla a todas aquellas personas que, cumpliendo con el requisito de la edad mínima se encontraban fuera de la fuerza laboral por algún otro motivo. En este caso tenemos a los estudiantes, amas de casa, jubilados, incapacitados para el trabajo, etc. No incluimos en la PENA —distinguiéndolo como un grupo en sí mismo—, a los desocupados, cuyas particularidades se tratarán más adelante.

Dentro del conjunto de la población migrante, la PENA del Mariel alcanzaba el 31,6%. De todos los que no se encontraban vinculados laboralmente, eran casi la mitad (49,9%); es decir, su núcleo de mayor peso relativo. La parte más sobresaliente de la PENA del Mariel estaba constituida por la categoría “jubilados y otros”, que abarcaba el 49%. Le seguían en orden de importancia numérica las “amas de casa”, con el 43% y los “estudiantes” con el 7%.

Con respecto a la estructura nacional cubana de la PENA en 1980, en el Mariel se reduce la proporción de las amas de casa; pero sobre todo disminuye el componente estudiantil. En cambio, se multiplica el peso de los jubilados y de otras categorías inactivas económicamente. O sea, que hay proporcionalmente menos amas de casa y estudiantes que los existentes en Cuba en aquel momento; hay una proporción mucho mayor de “jubilados y otros” que los registrados nacionalmente. Esta diferencia puede dar pie a una reflexión que estableceremos más adelante.

Los desocupados

Este grupo se compone de todos los mayores de 15 años, mayoritariamente hombres, que se declararon a sí mismos como desocupados. A diferencia de los que integran la PENA, estas personas no encuentran justificación social alguna para su desvinculación laboral. Debe aclararse que en Cuba el desempleo orgánico, como fenómeno social, ha sido erradicado desde los años sesenta. Además, se han

establecido leyes al amparo de las cuales la vagancia constituye un indicador predelictivo.

No obstante, siempre existen personas que buscan medios para tratar de vivir sin trabajar, debido a lo cual algunas se ven inducidas —para solventarse económicamente— a recurrir al negocio ilícito —como es el tráfico de drogas y divisas, y el mercado negro— al robo, el hurto y otros delitos.

Si se tiene en cuenta el bajo por ciento de estudiantes en la PENA del Mariel en comparación con la cubana (7% contra 21 %) y considerando, además, que en ambas poblaciones existía la misma proporción de jóvenes entre los 15 y los 24 años de edad, puede presumirse, entonces, que una parte de estos desocupados se ha engrosado a partir de la deserción escolar que no se incorpora a la actividad económica.

El peso relativo de los desocupados ascendía al 19,2% de todo el conjunto de la población migrante, mientras constituían el 28,5% de las personas no vinculadas laboralmente. Si examinamos con mayor detenimiento la masa de los desocupados, se observa lo siguiente: a) entre ellos había cinco veces más hombres que mujeres; b) las tres cuartas partes (74,2%) tenían antecedentes delictivos. O sea, que de cada nueve personas desocupadas entre los migrantes del Mariel, seis eran hombres con antecedentes delictivos y “apenas” uno era mujer —con una probabilidad de dos tercios de tener también algún tipo de antecedente.

Para resumir la parte de la situación laboral, se pueden apuntar las siguientes conclusiones: las dos terceras partes de los “marielitos” no participaban directamente en la actividad económica cuando abandonaron el país en 1980. Esta situación, además de reflejar un alto índice de dependencia económica de este contingente, indicaba, en sentido general, una carencia de experiencia laboral —en el caso de los menores, las amas de casa—, una imposibilidad de trabajar —jubilados, incapacitados—, o una actitud negativa hacia la actividad productiva —los desocupados. Estas características necesariamente repercutirían en el proceso de ajuste de este contingente a la sociedad norteamericana.

Examinemos ahora esa minoría que constituyen las personas que sí estaban empleadas.

Distribución ocupacional

Tanto el tipo de empleo como la ocupación son indicadores que resultan útiles para determinar la posición objetiva y subjetiva de un individuo dentro de la sociedad en la cual se halla insertado, lo que permite explicar en parte su comportamiento social. Pero además posibilita derivar conclusiones sobre su proceso de integración en otras sociedades.¹²

¹² En Cuba, en 1980, el 50% de los que estaban empleados eran trabajadores de la producción, el transporte o los servicios. Casi todos se ocupaban de actividades estrictamente productivas (76% de los trabajadores directos y 44% de todos los trabajadores). Las demás categorías ocupacionales se distribuyen así: técnicos, 15%; trabajadores administrativos, 13% y dirigentes, 5,4%.

Lo que más puede llamar la atención en el grupo del Mariel es el predominio de trabajadores directos. Entre aquellos que trabajaban (en su abrumadora mayoría, hombres empleados en el sector estatal), los trabajadores directos de la producción, los servicios y el transporte alcanzaban el 79% (cfr. tablas III y IV), los obreros en actividades productivas constituían la mitad de todos los que se encontraban trabajando, la mayoría de estos obreros eran manuales; no obstante, había una proporción relativamente alta de obreros calificados (albañiles, carpinteros, electricistas, etc.) y de operarios de maquinarias, los obreros agrícolas, en cambio, eran sólo una parte ínfima, lo que contrasta con su participación en la estructura ocupacional cubana.

Cuando se compara la distribución ocupacional de los que trabajaban en el grupo del Mariel con la que prevalecía en la sociedad cubana de 1980, resulta sobresaliente el hecho de que aun cuando la pirámide ocupacional de Cuba sufre alguna distorsión en la población de migrantes, esta última, no obstante, refleja más representativamente la sociedad de origen que otros grupos migrantes anteriores. Entre los que se encontraban económicamente activos en el Mariel había similar proporción de obreros en la producción respecto al por ciento nacional. En el sector de los servicios y el transporte, la proporción entre los trabajadores del Mariel dobla a la cubana, los técnicos, por el contrario, se encuentran por debajo de la proporción nacional, lo mismo ocurre con los trabajadores administrativos, que descienden casi a la mitad de la proporción nacional, y con los dirigentes, más de trece veces menor que la proporción nacional.

Dentro del cuadro ocupacional de los que trabajaban al migrar por el Mariel, se destacan algunos aspectos que vale la pena indicar. En primer lugar, los datos ocupacionales parecen confirmar el planteamiento de que el Mariel es una migración casi absolutamente urbana, lo cual tendería a reforzar los parámetros no agrícolas de la ocupación económica de la comunidad cubana en los Estados Unidos. Otro aspecto interesante se refiere a los mayores niveles educacionales de los obreros y, en general, de la población laboral cubana respecto a los patrones históricos.

Esto se evidencia, en primer término, en la participación significativa que tienen los obreros calificados y los operarios entre los trabajadores directos empleados en actividades productivas, que constituyen la mitad de todos los que se encontraban vinculados a la economía. Se debe hacer notar que el grupo de obreros calificados tiene una gran demanda en el mercado laboral cubano; incluso tiene la posibilidad de trabajar extra por su cuenta, lo cual implica una fuente de ingreso adicional. Las diferencias existentes entre la situación laboral cubana y norteamericana podría constituir una fuente potencial de desajuste para este grupo, aunque en sentido general esto resulta válido para todo el espectro de trabajadores ocupados del Mariel, dado el nivel de desempleo imperante en los Estados Unidos.¹³

¹³ En efecto, el ingreso de un obrero calificado le permite un grado de acceso al mercado de consumo cubano que no guarda proporción con el acceso relativo que puede tener en el mercado de consumo norteamericano. Los obreros calificados y operarios del grupo del Mariel, acostumbrados a un amplio acceso al mercado nacional, deben haber tenido una expectativa de acceso al consumo norteamericano equivalente a

El elevado nivel educacional de los trabajadores cubanos se evidencia también en la composición de técnicos entre los empleados del Mariel.

Si se le compara, por ejemplo, con la proporción existente en la migración que transcurrió en el período que fue de 1965 a 1971, resulta el doble, y sin embargo, no llega a alcanzar el nivel que tenía este grupo en la estructura cubana de 1980.

Por último, se comprende fácilmente que el impacto de la migración del Mariel sobre la fuerza de trabajo cubana fue en la práctica despreciable.

El análisis de las categorías ocupacionales que más podrían afectar la economía nacional (obreros productivos y técnicos) refuerza este razonamiento. Por el Mariel salió el 0,03% de los técnicos cubanos.

Para resumir este acápite, se puede señalar que entre las personas del grupo del Mariel que sostenían un empleo en Cuba —una minoría como ya se advirtió— predominaban los trabajadores directos. Aunque no existía una coincidencia idéntica en las proporciones en que se presentaban las diversas categorías en las estructuras ocupacionales de Cuba y el Mariel, se evidenciaba no obstante una convergencia mucho mayor que la encontrada en otros grupos migratorios previos, en los cuales predominaban las llamadas profesiones de “cuello blanco”, o sea, trabajadores administrativos y tecnócratas. En la sociedad cubana de 1980, de más está decirlo, no existen ya burgueses, ni pequeñoburgueses como los que integraban el contingente migratorio de los primeros años de la década del sesenta. Al ser una estructura social más homogénea, con más altos niveles de educación y desarrollo económico, el peso relativo de los técnicos, profesionales y obreros calificados aumenta respecto al conjunto de la población trabajadora. Este incremento se hace sentir en la estructura interna del grupo migratorio que estaba trabajando, y que tiene una mayor calificación laboral que los migrantes de los últimos sesentas y primeros setentas. Ahora bien: en términos proporcionales, la participación de técnicos y profesionales entre los ocupados económicamente del Mariel es ya inferior a la de la población trabajadora cubana de 1980, lo que tiene un efecto sobre la proporción de trabajadores directos migrantes, que aparece así como mayor a la cubana. En otras palabras, el 20% de las personas que se fueron por el Mariel eran obreros, por debajo del 26% que componían a la sociedad cubana de entonces. Sólo el examen por separado de la población ocupada en el Mariel y en Cuba permite detectar una menor participación de técnicos y administrativos, lo que repercute inversamente en el porcentaje de trabajadores directos. Lejos de reflejar una mayor predisposición de los obreros a migrar, se destaca aquí la reducción radical de la tendencia a abandonar el país que se manifestó entre grupos de técnicos, profesionales y administrativos en los años sesenta y que entonces tuvo un impacto considerable en el desarrollo socioeconómico de Cuba.

la que puede tener realmente la clase media alta en los Estados Unidos respecto al mercado de ese país. El estudio de ese shock y de la frustración derivada podría ser un tema interesante de estudio para los investigadores sobre esta problemática.

OTRAS PECULIARIDADES DEL GRUPO DE MARIEL: JÓVENES, MUJERES Y ANTISOCIALES

¿Cuál es la base estructural de la elevada presencia de jóvenes en el flujo de 1980?

Tomado en su conjunto, el grupo del Mariel resultaba una población adulta, pero joven: su mediana de edades se encontraba entre los 25 y los 29 años, y más de la mitad (52%) oscilaba entre los 20 y los 40 años (cf. tabla 1). El grupo de los más viejos —mayores de 55— representaba el 9,4% del total. Los menores de 15 eran algo más de un quinto.

Debe recordarse que en los primeros años de la década del sesenta, como una consecuencia directa de las nuevas condiciones proporcionadas por la Revolución, se produjo en Cuba una explosión demográfica que, lógicamente, tuvo un efecto rejuvenecedor general sobre la población cubana. La juventud de los migrantes del Mariel refleja, en esencia, la mayor juventud de la población cubana. La mediana de las edades de esta última se encontraba en 1980 entre los 20 y los 24 años, un grupo quinquenal por debajo del correspondiente al Mariel. Por otra parte, el peso relativo de los menores de 15 años era mayor en Cuba (32%) que en el Mariel. Los mayores de 55 constituían el 14%.

El Mariel tiene la misma proporción de personas jóvenes entre 15 y 24 que la que tiene la población cubana; el doble de proporción en el grupo de 24 a 39; la mitad entre los menores de 15, y casi las dos terceras partes proporcionales de los mayores de 55.

Si se tomara como referencia la relación que se establece en los procesos migratorios mundiales entre los contingentes migrantes y la población de origen, entonces constatamos que los “marielitos” no resultaban tan jóvenes como hubiera podido esperarse de una población como la cubana de 1980. A nivel internacional, como se sabe, existe la tendencia de que las migraciones sean más jóvenes que las poblaciones de base.

Por otro lado, la presencia de menores de 15 y mayores de 55 (en su mayoría jubilados) en una proporción menor que la cubana de origen, pero mayor que la presente en los flujos migratorios “normales”, plantea la cuestión de la dependencia económica de estos subgrupos. Esto se relaciona estrechamente con la motivación y, especialmente, con la decisión de migrar por parte de una porción considerable del grupo. En efecto, aproximadamente la tercera parte del Mariel estaba compuesta por personas cuyas edades no le permitieron contar con una perspectiva económica real ni, por tanto, con la capacidad requerida para tomar la decisión de migrar, en un sentido estricto. Objetivamente, fueron un grupo inerte que debe haber respondido al impulso de otros elementos de los grupos de edades laborales o a la atracción de la comunidad cubana en los Estados Unidos.

¿Cómo fue la participación femenina en el Mariel?

Globalmente en el grupo del Mariel había 2,2 veces más hombres que mujeres (cfr. tabla 1). Esta distribución sexual a nivel de todo el conjunto sufre algunas

variaciones si se examina por grupos de edades. Hasta los 19 años, aunque ligeramente favorable a los varones, los sexos estaban casi equilibrados. Entre los mayores de 50 años, la proporción también era bastante equilibrada. Una distribución similar tiene lugar en la población cubana, entre los menores de 19 años (21 % de hembras y 19% varones), y particularmente entre los mayores de 50, cuya proporción era idéntica a la del Mariel (7,5 hombres y 6% las mujeres). Estas cifras evidencian una alta representatividad en cuanto al sexo de estos grupos etáreos en el Mariel con respecto a la población cubana. Ahora bien, en los grupos de edades intermedios —entre 20 y 40— donde se concentra, como se ha visto, la inmensa mayoría de los migrantes, se hace mayor la desproporción en la relación sexual, alcanzando un índice de masculinidad de 3,28. Esto refleja una selectividad migratoria que recae sobre los jóvenes varones.

En suma, la presencia equilibrada de las mujeres sólo en los grupos de edades menores y mayores, en contraste con su inferior representación en los grupos de edades de mayor presencia apunta a una menor iniciativa independiente de las mujeres respecto a migrar. En este marco, las mujeres parecen haber sido básicamente elegidas, asociadas o comprometidas por los hombres de los grupos jóvenes, así como por familiares residentes en los Estados Unidos. En otras palabras, un análisis de la débil representatividad e independencia de las mujeres —generalmente dependientes desde el punto de vista económico o atadas al vínculo familiar—, plantea objetivamente las condiciones para haber sido arrastradas en un contagio migratorio; su iniciativa a migrar es esencialmente subordinada o secundaria a la de otros grupos.

¿En qué medida hubo antisociales en el Mariel?

Respecto al peso efectivo que tiene el factor antisocial en las características asumidas por el Mariel, puede afirmarse que el 45,25% de todas las personas que abandonaron Cuba a través del Mariel tenían antecedentes delictivos. Examinemos más de cerca la estructura de esos delitos por los que habían sido sancionados casi la mitad de los “marielitos”.

Tipo de antecedente

Por ciento

1. Delito contra el derecho patrimonial (hurto, robo, estafa)	40,1
2. Estado peligroso(*)	16,4
3. Falsificación y defraudación	4,0
4. Delitos contra la administración y la jurisdicción (soborno, desacato, abuso de autoridad, maltrato a detenido, insubordinación, encubrimiento, etc.)	1,7
5. Tráfico y tenencia de drogas tóxicas y otras sustancias similares	5,5
6. Juegos prohibidos	4,3
7. Delitos contra la integridad corporal	4,4
8. Delitos contra el normal desarrollo de las relaciones sexuales y contra la familia, la infancia y la juventud	10,8
9. Delitos contra los derechos individuales (violación de correspondencia, violación de domicilio, amenaza)	0,6
10. Delitos contra la seguridad colectiva (incendio, delitos contra la seguridad del tránsito)	0,2
11. Delitos contra la economía nacional (contrabando, especulación, tráfico de divisas, etc.)	2,9
12. Delitos contra la seguridad del Estado (propaganda clandestina, alzamiento, rebelión, sedición, sabotaje, etc.)	5,2
13. Delitos contra el orden público (disparo de armas de fuego, tenencia de armas blancas, difamación, desorden público, salida ilegal del país, etc.)	4,0

*“Se considera estado peligroso la especial proclividad en que se halla una persona que comete delitos, demostrada por la conducta que observa” (Código Penal, Ley 21.

Titulo XI. Capitulo I. artículos 76-77). Sus índices son: embriaguez habitual. Narcomanía, proxenetismo, prostitución, vagancia, vicios socialmente reprobables y conducta antisocial. Este Código rige desde el 15 de febrero de 1979. De él se extraen las definiciones y categorías de este cuadro.

Si analizamos esta distribución nos encontramos, en primer lugar, con que una parte considerable (40%) corresponde a delitos o situaciones predelictivas que no lo son tanto en los Estados Unidos, dado que las leyes norteamericanas no los sancionan, o si lo hacen, los consideran faltas muy leves. En Cuba, con un régimen social y una legislación penal diferentes, estas faltas bastan para distinguir a un grupo con valores y actitudes rechazadas por el consenso de la ciudadanía. Este grupo socialmente alienado se sitúa objetivamente en una calificación de antisocial respecto al sistema de valores imperantes en la sociedad cubana. Por otra parte, los restantes delitos se concentraban en la afectación de la propiedad social o privada. En su inmensa mayoría, estas personas ya habían cumplido sanción y se encontraban fuera de las cárceles.

Sus motivaciones migratorias, y la actitud con que tomaron la decisión de partir por el Mariel, no se vinculan necesariamente a una ideología contrarrevolucionaria, y menos con una situación socioeconómica como el desempleo o el interés por acceder a un mercado laboral. Objetivamente, estas personas sólo podían aspirar a insertarse en un sector parasitario que en los Estados Unidos tiene fronteras más dilatadas, asociadas a un consumo “fácil” con un lugar establecido en la economía norteamericana. Al parecer, a pesar de desventajas comparativas, algunos han mostrado la competitividad para insertarse exitosamente dentro de este sector en los Estados Unidos.

Ya hemos apuntado que la mayoría de los desocupados poseía antecedentes delictivos. Lo inverso también es válido, pues casi un tercio (31,5%) de los mismos se hallaban desocupados cuando abandonaron Cuba y sólo un 35,5% se vinculaba laboralmente a la economía nacional. La fuerte correlación positiva entre ambos parámetros —que es, lógicamente, un coeficiente elevado para cualquier grupo social—, contribuye a iluminar objetivamente un aspecto importante del desajuste social de esta población, así como de su decisión de emigrar.

EL FENÓMENO DEL MARIEL Y LA COMUNIDAD CUBANA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Se ha señalado que la diferencia más significativa que representa el fenómeno del Mariel con respecto a las distintas fases del movimiento migratorio iniciado en 1959 del cual no es desligable en modo alguno no se encuentra sólo en el diferente trazado de sus respectivas configuraciones demográficas y socioeconómicas, sino en la recepción que en el último caso se propinó. A diferencia de los contingentes que habían llegado con anterioridad, este se vio envuelto inesperadamente en un clima de

rechazo a su presencia. Esto recorrió prácticamente la totalidad de las instancias de la sociedad estadounidense que en algo tenían que ver con el asunto, desde el gobierno hasta los sectores sociales concernidos, sobre todo los que residían cerca de los lugares hacia los que fueron mayoritariamente enviados, incluyendo a la propia comunidad cubana ya establecida.

Esta peculiar acogida estuvo en ocasiones cargada de lo que Robert Bach denomina una “frustrante ambivalencia”. Tal ambivalencia tenía un doble aspecto objetivo y subjetivo que se manifestaba, por un lado, en nulas o insuficientes determinaciones oficiales, así como en evidentes contradicciones entre las declaraciones verbales y lo que en la práctica se hacía definitivamente.

Numerosos factores, por lo demás muy interrelacionados entre sí, se han indicado para intentar darle explicación al rompimiento de lo que parecía haberse convertido en una tradición en el trato a los cubanos.

Uno de ellos se refiere a los desbalances de la política económica interna —inflación, desempleo, recesión— en el sentido de que tiempos así daban lugar naturalmente a profundos sentimientos antinmigratorios. Además, este factor se señala también como una de las razones que manejó la administración de James Carter para tomar la decisión de no otorgarles el status formal de refugiados a los “marielitos”, y de idear la categoría “neutral” de *entrants*.

Otro de los fundamentos se remite a la ausencia de un programa de salida que hiciera las funciones de ordenar el desenvolvimiento del flujo.

Se asume con frecuencia que tal circunstancia impedía la aplicación de la nueva ley de refugiados que recién se había aprobado, en lo que respecta primordialmente al acápite que planteaba la selección cuidadosa —“caso por caso”— de los optantes para comprobar si cumplían en efecto los requisitos que planteaba la ley para ser calificados como refugiados.

A reserva de que haya tenido realmente algún peso, este argumento no constituye en gran medida más que una justificación esgrimida al caso, pues en otras ocasiones se les había aplicado a los cubanos la llave maestra de la excepcionalidad.

En tercer lugar, se señala la confluencia en el mismo período de tiempo y en condiciones más o menos similares, de otros grupos de inmigrantes que llegaban a las costas norteamericanas o penetraban ilegalmente al país. Este es el caso específico de los haitianos, aunque no el único. Cualquier manifestación que pudiera interpretarse como evidencia de un trato privilegiado a los cubanos levantaba una fuerte protesta y oposición por parte de algunos sectores políticos y sociales. Ante tal disyuntiva, se temía que un tratamiento favorable a ambos grupos pudiera interpretarse como estímulo a la continuación de la avalancha humana tanto de los cubanos como de los haitianos, que amenazaba también con extenderse a otros grupos caribeños, e incluso a los centroamericanos (nicaragüenses, salvadoreños) a los cuales no se les había resuelto aún su legalidad migratoria.

Por último, se hace mención de las características personales de los “marielitos”. Ya sea basado en el “presumible más bajo nivel de experiencia laboral” —que los coloca a los ojos de los demás en una situación de inferioridad con relación a los que habían arribado antes— o en su “calibre humano” —referencia directa a la incertidumbre generalizada de que los “marielitos” se componían esencialmente de peligrosos delincuentes, homosexuales inescrupulosos y dementes—, lo cierto es que la difusión de estas acusaciones trajo una inmensa ola de propaganda negativa que en nada beneficiaba su imagen.

Las reacciones a que daban lugar cada uno de estos factores se retroalimentaban entre sí de manera recíproca. Así, por ejemplo, la ansiedad causada entre los diversos sectores de la sociedad estadounidense como resultado de la campaña sobre la condición de delincuentes de la inmensa mayoría de los que luego se convertirían en los primeros “entrantes” de la historia del país, se vio apoyada por los titubeos del gobierno para otorgarles el mismo tratamiento que a los grupos anteriores de cubanos. El no reconocimiento oficial de los marielitos como aptos para alcanzar el *status* formal de refugiados daba lugar a que se profundizara el temor de que efectivamente no constituían personas dignas de confianza.

En resumen, se puede decir que el panorama adverso al cual tuvieron que hacer frente los “marielitos” desde el primer momento de su asomo a la sociedad norteamericana —caracterizado por un limitado apoyo político y financiero oficial, la ausencia de un aparato burocrático capaz de administrar eficientemente la ayuda otorgada y el rechazo global de la sociedad estadounidense—, constituye un cierto *handicap* inicial para su promoción interna.

Por otro lado, la comunidad cubana en los Estados Unidos —de manera específica las colonias del sur de la Florida—, quizá por constituir el reducto más inmediato de la población del Mariel, recibió un fuerte impacto como consecuencia del propio fenómeno. Esta incidencia del Mariel sobre la comunidad cubana fue, primeramente, una consecuencia derivada de la política seguida por la administración estadounidense con respecto al Mariel en sí mismo, en el sentido de que hizo recaer prácticamente todo el peso de la relocalización de los “marielitos” sobre los hombros de la comunidad, además de estimular las reacciones de rechazo al contingente de inmigrantes por parte de otras instancias de la sociedad norteamericana, lo que provocó una extensión de la imagen negativa a toda la comunidad.

Se generó así un rechazo en el seno de la comunidad, similar al que se produjo en otros sectores, que expresaba el interés por preservar el *status* de “inmigrantes especiales” de que se había beneficiado históricamente. La identificación con la población antisocial del Mariel representaba un problema para la comunidad del “exilio dorado”. Con posterioridad, este rechazo se iría debilitando, en la medida en que el propio gobierno norteamericano emprendiera —luego de cerrado el episodio del Mariel— una campaña de remozamiento de la imagen pública de los “marielitos”.¹⁴

¹⁴ Con este fin se realizaría en años recientes una promoción de los artistas e “intelectuales” marielitos, como prueba que no todos en el contingente eran elementos antisociales. En cierta medida la principal

Finalmente el encuentro tuvo un impacto objetivo sobre la comunidad cubana. Con el fin de examinar esto con más detalles, comparemos las características que presentaban los “marielitos” con las que tenía en esos momentos la población de la comunidad cubana.

Antes de la llegada de los “marielitos”, la comunidad cubana en los Estados Unidos mantenía un equilibrio en la composición sexual de su población con un 50,2% de mujeres y 49,8% de hombres; o sea, que había un ligero favorecimiento a las hembras. Sin embargo, la llegada de los migrantes del Mariel a la comunidad cubana rompió este relativo equilibrio para favorecer ahora a los varones, quienes alcanzaron el 52,3% del total. Este efecto es aún más alto en las edades intermedias, donde se concentró el grueso de los varones del Mariel.

Por otro lado, la composición de edades de la comunidad también se vio afectada. La mediana de las edades de los cubanos residentes en los Estados Unidos era de 33,5 años, mucho mayor que la que tenían los “marielitos”. Podría decirse que, en general, la población de la comunidad cubana era más vieja que la del Mariel. Como una consecuencia inmediata del fenómeno migratorio que nos ocupa, la población de la comunidad cubana se vio rejuvenecida en su conjunto. De manera particular vio acentuado su peso en los grupos de edades intermedios (20-40 años).

Por el contrario, los otros grupos de edades —los menores de 20 y los mayores de 40—, vieron deprimirse su proporción.

Sin embargo, la elevación del grupo de edades intermedias va a tener a mediano plazo un efecto contrario configurando como resultado una población más vieja aún que la que era en 1980.

Queda claro, como era dable esperar, que el mayor incremento logrado por la comunidad en el grupo de edades intermedias viene determinado fundamentalmente por el componente masculino presente en la población migrante en esas edades. Este mayor índice de masculinidad necesariamente traerá consecuencias para la comunidad en su perfil socioeconómico.

En efecto, el nivel de empleo en la comunidad cubana en 1980 ascendía al 95% de la población económicamente activa. Esta PEA incluía a los trabajadores ocupados y a los que por alguna causa buscaban empleo sin haber lo encontrado. Con la inyección de 125 mil nuevas personas —con gran cantidad de varones en plenas capacidades laborales tomando en cuenta el factor edad— es fácil prever una subida de la población económicamente activa y del desempleo en las áreas de asentamientos cubanos.

Sobre todo si tenemos en cuenta que el país en esos momentos estaba atravesando por una recesión y la tasa de desempleo se estaba disparando.

acción dirigida a sanear esta imagen fue el mantenimiento en prisión de cerca de mil migrantes, a los que se les atribuye haber estado presos en Cuba, y quienes, junto a los casi dos mil que han sido encarcelados por cometer delitos en los Estados Unidos, constituyen el “lado oscuro del Mariel”, cumpliendo la función de chivo expiatorio de esta limpieza simbólica. Como han señalado varias organizaciones de derechos humanos y asociaciones jurídicas, es ilegal mantener en prisión en EE.UU a una gran parte de estas personas, por imputárseles haber cometido delitos en Cuba.

Por otra parte, debido a las características económicas de esta población, se puede comprender por qué han constituido un grupo de difícil ajuste a las nuevas condiciones de vida. En primer lugar, de los que no estaban incorporados a la actividad laboral en Cuba, muchos deben haber seguido arrastrando esa condición, ya sea por problemas de edad (los menores y los más viejos) o por problemas de incapacidad física para realizar esas funciones; otros, aunque pueden verse precisados a asumir esa responsabilidad como única vía de subsistencia, contaban realmente con escasa experiencia laboral —como es el caso de las mujeres amas de casa—, o una interiorizada actitud negativa ante la actividad laboral —como es el caso de los desocupados y de personas con antecedentes penales. En segundo lugar vemos que los que tenían alguna incorporación económica no por esa razón escapan del desajuste que significa su traslado a los Estados Unidos. Por el contrario, las ocupaciones para las que la mayoría de ellos están preparados no constituyen plazas preferenciales y priorizadas en el mercado de fuerza de trabajo estadounidense, por lo que tendrían que entrar a competir en un mercado de trabajo saturado y con un marcado expediente negativo, dado fundamentalmente por la imagen que se transmitió prácticamente desde su misma llegada. Todo ello constituye, obviamente, una fuente potencial de desajuste y frustración para esta población. Dada esta panorámica, se puede esperar entre la población ocupada de la comunidad cubana un aumento de los trabajadores directos¹⁵ y una disminución relativa de los técnicos, profesionales y dirigentes. Para los “marielitos”, es perfectamente esperable una caída de su *status* socioeconómico, en el sentido de su disminución relativa en la escala de la sociedad norteamericana.

CONCLUSIONES Y NOTAS FINALES

De los datos del conjunto de la población del Mariel y de los problemas que hemos identificado, se pueden extraer algunas conclusiones finales:

- El migrante del Mariel, tomando todas las edades y sexos, tiende a ser, en términos absolutos para todo el universo de la población, una persona no incorporada efectivamente a la fuerza laboral —por no tener la edad requerida, por estar ubicada en alguna parte de la PENA, o por estar desocupada.
- En términos relativos, tomando el grupo de edades más numeroso, se puede identificar a ese mismo migrante como un hombre entre los 25 y 29 años. Si fuera mujer, pudiera tener cualquier edad, pero probablemente no sería trabajadora.
- En caso de estar empleado, seguramente sería un trabajador directo de la producción o los servicios. Si fuera un desocupado, tendría altas posibilidades

¹⁵ Dado el despreciable peso de los obreros agrícolas entre la población del Mariel y en la comunidad cubana histórica, sería interesante seguir en qué medida una parte del grupo del Mariel pasará al sector agrícola en los Estados Unidos. El análisis de esta posible conversión resultaría sencillo, pues puede asumirse que no había prácticamente obreros agrícolas en este contingente de migrantes. Por otra parte, es poco probable que algunos se conviertan en o sigan siendo pequeños agricultores.

de tener antecedentes delictivos, fundamentalmente hurto o robo, aunque también podría tratarse de un delito menor en los Estados Unidos.

En comparación con las estructuras socioeconómica y demográfica cubana de 1980, el grupo del Mariel se asemeja más a esta que la emigración de los años sesenta.

En los siguientes aspectos resulta análoga:

- juventud de la población;
- casi igual proporción de los mayores de edad. equilibrados sexualmente.
- pirámide ocupacional más parecida que la de anteriores flujos migratorios.

No obstante. tiene sus diferencias:

- mayor índice de masculinidad;
- menor proporción de menores de edad;
- menor incorporación global efectiva a la actividad económica y apreciable desocupación;
- menor proporción de técnicos y administrativos en el grupo que se hallaba empleado, y en consecuencia. mayor proporción de trabajadores directos que en migraciones anteriores —pero siempre por debajo de la proporción de trabajadores directos en la fuerza laboral cubana. (Debe señalarse que el impacto del Mariel sobre esta fuerza laboral cubana de 1980 fue despreciable en términos cualitativos y cuantitativos).

Las diferencias advertidas con la población de la comunidad cubana de 1980 permiten prever un efecto sobre esta en los siguientes términos:

- aumento general de la masculinidad y de la juventud. sobre todo en los grupos de edades intermedios (20-40 años);
- aumento de la población económicamente activa y, al mismo tiempo, de la desocupación;
- incremento relativo del peso de los trabajadores directos de la población y los servicios entre la población ocupada; disminución de los técnicos. profesionales y dirigentes. .

El examen y comparación de las características socioeconómicas del grupo del Mariel. de la sociedad cubana de 1980 y de la comunidad cubana en los Estados Unidos. nos permiten establecer que: a) en primer término, la dependencia económica y familiar de algunas personas, reflejada en menores de edad. ocupaciones del hogar, estudiantes, jubilados, etc., indica una alta composición de sujetos cuya iniciativa migratoria resultaba, en cierto modo, subordinada, dada su escasa perspectiva de inserción independiente en la sociedad norteamericana; b) por

otro lado, la baja incorporación laboral y la alta desocupación, estrechamente asociada a antecedentes delictivos entre los jóvenes varones del Mariel —el grueso de la población a nivel global— conducen a descartar la búsqueda de oportunidades de trabajo como fuente objetiva de motivación migratoria. Esta configuración socioeconómica objetiva permite afirmar que estos migrantes tenían otras motivaciones económicas, en particular, el acceso a un mercado de consumo más amplio y variado que el que encontraban en Cuba y que suponían fácilmente conquistable en los Estados Unidos.

No se desconoce, por supuesto, la incidencia de otros factores de desajuste social, como los filiales y los políticos en la decisión de esta población a emigrar. En efecto, muchas de las familias que se separaron como consecuencia de las características asumidas por el flujo migratorio a lo largo de dos décadas nunca abandonaron la idea de verse nuevamente unidas. Se ha calculado que más del 90% de la comunidad cubana, en 1980, tenía familiares en Cuba. De ahí, por ejemplo, que lo que en la jerga ideológica adversa a la Revolución Cubana se dio en llamar “flotilla de la libertad”, fuera íntegramente costeadada por la comunidad. Intentando materializar por esa vía la reunificación pendiente, se pagaba a los dueños de las embarcaciones un percápita por los familiares sacados o, en el caso de tener embarcación propia, se venía personalmente a buscarlos. Sin embargo, si analizamos este fenómeno desde el ángulo de “los que se fueron” por el Mariel, vemos que el deseo de muchas personas de volverse a reunir con sus familiares en los Estados Unidos no excluía en modo alguno la preminencia de otras motivaciones sólo remotamente asociadas con ese fin; es decir, que la aspiración a la reunificación familiar, aunque importante en función de la cantidad de personas afectadas, no es explicativa por sí sola, si se tiene en cuenta, además, que muchos otros casos, ante similar disyuntiva, optaron finalmente por permanecer en Cuba.

Por otro lado, es natural que parte de las personas con antecedentes de haber realizado actividades atentatorias contra la seguridad del Estado tuvieran interés en salir del país, aun cuando dispusieran de garantías para el disfrute de todos los derechos de que goza el resto de la ciudadanía. No obstante, la proporción de estas personas en el conjunto es prácticamente despreciable, como se desprende de la estructura de delitos analizada (3% del Mariel).

Examinemos sumariamente, para finalizar, algunos problemas que se derivan del análisis integral del Mariel. (Se ha señalado que la migración cubana de 1980 es un caso más de exportación de fuerza de trabajo de un país pobre a uno rico.

Ciertamente, no puede entenderse este caso fuera del contexto que determina la división internacional capitalista del trabajo, particularmente su acción en el marco regional. Este fenómeno tiene como una de sus características la tendencia del flujo migratorio de América latina hacia los Estados Unidos. En este movimiento no sólo influye el mercado de trabajo norteamericano, sino la imagen creada acerca del consumo en ese país y su impacto sobre los posibles migrantes. En efecto, basta imaginar lo que ocurriría en países con grandes montos migratorios, como México, Haití u otros latinoamericanos y caribeños, si se asumiera que el Consulado

norteamericano va a otorgar visas preferenciales a todos los que se presenten a solicitarla. De hecho, la migración ilegal desde estos países, a pesar de no ser tan publicada, resulta bastante más dramática de lo que pudo ser el Mariel —entre otras razones, porque los propios países se encuentran incapacitados para evitarla. Ahora bien, según los datos presentados, el factor “búsqueda del mercado laboral” no concuerda con las características socioeconómicas de los “marielitos”, o la PENA del Mariel está compuesta por un reducido número de personas con una inserción positiva en la actividad laboral. Resulta difícil imaginar a esa masa del Mariel como un excedente de fuerza de trabajo en la estructura económica cubana. inducida a buscar una oportunidad de empleo en el extranjero. Ni aun reconociendo la existencia de cierto tipo de excedente laboral en Cuba, no ligado necesariamente a la actitud antisocial, sería posible afirmar que este fuera el motor impulsor entre los migrantes del Mariel. Sin desconocer una denotación económica presente en el flujo, esta hipótesis resulta refutada de manera concluyente por los datos examinados.

Por otra parte, no se debe desconocer que la situación socioeconómica vigente en Cuba a la altura de 1980 forma parte del entorno real del Mariel. Se ha señalado que la declinación de los precios del azúcar en la segunda mitad de los setenta, las medidas organizativas internas, el hincapié en los indicadores de eficiencia, productividad, aprovechamiento e intensidad en la producción, así como las medidas de austeridad y el énfasis en áreas económicas no asociadas al consumo individual, se relacionan con las causas que originaron internamente el flujo. Es un hecho que las restricciones impuestas al desarrollo económico de Cuba, tanto por su estructura subdesarrollada como por el bloqueo establecido por los Estados Unidos, han tenido un papel en la migración, particularmente desde 1965.¹⁶ Parte del cuadro del subdesarrollo son las dificultades generadas por los bajos precios del azúcar que -a pesar de la diversificación y mayor autosuficiencia de la economía cubana- afectan aún nuestra principal fuente de ingreso en divisas. De hecho, un país expuesto al efecto de estos bajos precios del azúcar, como República Dominicana, tiene una alta proporción de su población en los Estados Unidos.

Así, los reajustes económicos que esto conlleva, junto con el esfuerzo por hacer más eficiente en general el funcionamiento de la economía, forman parte del cuadro de tensiones que afectan el proceso socioeconómico del país. Objetivamente, estas afectaciones integran el cuadro global en que se inserta la migración del Mariel. (Ahora bien, algunos autores han señalado que este proceso redundó en una restricción significativa del mercado de consumo interno respecto a etapas anteriores, atribuyéndole a ello la causa del flujo. Si se toma como término de comparación el período de mayor monto migratorio (1965-73) resulta evidente que las ofertas del mercado interno, tanto a nivel individual como colectivo, a fines de los setenta

¹⁶ Cfr. Rafael Hernández: “La política de los Estados Unidos hacia Cuba y la cuestión de la migración”. En *Cuadernos de Nuestra América*, no. 3, enero-junio de 1985, pp. 75-100.

estuvieron muy por encima.¹⁷ En efecto, es un dato objetivo que el lugar del consumo individual en el contexto cubano de este período pre-Mariel había aumentado respecto a etapas anteriores) De cierta manera, ¿a mayor exigencia de la demanda, e incluso la aparición de un mercado paralelo compuesto por productos de consumo, tiene como presupuesto el incremento de la oferta en el mercado interno. En este nuevo estadio incluso se hace manifiesto el reforzamiento de aspiraciones a un consumo más sofisticado. (Sobre ese cuadro socioeconómico actuaron otros factores que, a nuestro juicio, tuvieron una influencia objetiva en el fenómeno del Mariel.

Desde fines de la administración Ford, y en particular durante los dos primeros años del gobierno de Carter, se produjo un relajamiento de tensiones entre los Estados Unidos y Cuba) Sin entrar a examinar aquí las causas profundas que dieron lugar a esta nueva etapa en la política de los Estados Unidos hacia nuestro país, (es un hecho que durante su breve lapso se redujeron los indicadores de hostilidad política. En este entorno, la política de reunificación familiar iniciada por Cuba en 1978 —al margen de acuerdo oficial alguno con el gobierno de los Estados Unidos— también contribuyó a reducir los patrones de enfrentamiento. Se ha señalado que las visitas de la comunidad fueron un factor del Mariel. No es nuestro propósito analizar la reacción ante estas visitas, ni los efectos que tuvieron entre los “aspirantes” al Mariel. Es probable que en muchos “marielitos” haya pesado, subjetivamente, la imagen de prosperidad —muy por encima de su *status* socioeconómico real— y de consumismo superficial proyectados por los “comunitarios”. En términos objetivos, los nexos reanudados por esas visitas crearon las condiciones para que el factor familiar —presente en cualquier flujo migratorio— operara de manera más directa. Como se ha demostrado, la política inmigratoria norteamericana ha afectado la reunificación familiar, manipulándola con fines de propaganda. Aunque este nexo familiar objetivo no resulta intrínsecamente político, su manifestación migratoria, en el contexto renovadamente hostil de la política norteamericana hacia Cuba en 1980, sí asumió una significación política.

Por otra parte, una de las implicaciones del subdesarrollo es su inevitable secuela de desclasados y lumpen. La batida contra la delincuencia, en el terreno del orden interior, a fines de 1979, guarda una correlación con la composición del flujo del Mariel. La lucha contra las manifestaciones antisociales también adquiere, en el contexto interno de Cuba, una connotación político-ideológica. En este rasgo se vinculan el rechazo social a la delincuencia, así como el activismo político por alcanzar una sociedad libre de esta desviación. Como es lógico, tampoco esta dimensión se puede separar totalmente del enfrentamiento externo con los Estados

¹⁷ De hecho, en el quinquenio 76-80 las ventas a la población crecieron en el 20%, particularmente en los renglones alimentarios y de bienes de consumo duraderos (como electrodomésticos) e incluso otros rubros, como la ropa. Cfr. Informe Central al II Congreso del PCC, Editora Política. 1980, pp. 22-23.

Unidos. De hecho, el Mariel expresó en determinada medida la atracción que ejerce el mercado de consumo norteamericano sobre esos sectores desclasados y marginales de un país, aunque socialista, subdesarrollado. El problema central de la migración es el de su situación objetiva, más que la motivación individual de los migrantes a nivel subjetivo. En el cuadro real —el de Cuba, el de los Estados Unidos, el de las relaciones vigentes entre ambos— se insertan las características socioeconómicas de los migrantes que hemos examinado extensamente. Todo ello indica que la migración cubana hacia los Estados Unidos tiene una denotación socioeconómica particular y una connotación política que la acompaña. Intrínsecamente ligada a la atracción del consumo y a los nexos familiares, la migración cubana hacia los Estados Unidos presenta una forma política, fundamentalmente derivada del ordenamiento efectivo entre los Estados Unidos y Cuba. El Mariel expresa el impacto de ese ordenamiento, tanto a nivel interno como externo. No se puede desconocer que el subdesarrollo y la construcción del socialismo conllevan tensiones internas. (Pero, ciertamente, el tinte político totalizador de la migración de Cuba hacia los Estados Unidos es, en lo fundamental, el resultado de un régimen de enfrentamiento que permea al conjunto de las relaciones entre ambos países. Los datos socioeconómicos del Mariel son consistentes con esta aseveración.

TABLA I

POBLACIÓN DEL MARIEL SEGÚN SEXO POR GRUPOS DE EDADES
QUINQUENALES

Edad	SEXO (% sobre población total)		
	Masculino	Femenino	Total
0- 4	2,1	1,9	3,9
5-9	3,2	2,7	5,9
10-14	3,0	2,8	5,8
15-19	4,2	3,2	7,4
20-24	10,1	2,8	12,9
25-29	12,5	3,3	15,8
30-34	10,1	3,0	13,1
35-39	8,3	2,7	10,9
40-44	4,8	1,7	6,5
45-49	3,1	1,4	4,5
50-54	2,8	1,2	4,0
55-59	2,0	1,5	3,5
60-64	1,1	1,0	2,1
65+	1,6	2,2	3,8
TOTAL	68,9	31,1	100,0

TABLA II

POBLACIÓN DEL MARIEL DE ACUERDO A LA SITUACIÓN LABORAL

Situación laboral	(% sobre población mayor de 15 años)
Trabajadores	39,0
Desocupados	23,0
Estudiantes	3,0
Amas de Casa	16,0
Jubilados y otros	18,0
Ignorados	1,0

TABLA III

POBLACIÓN DEL MARIEL SEGÚN TIPO DE EMPLEO POR SEXO

SEXO (% sobre el total de trabajadores)

Tipo de empleo	Masculino	Femenino	Total
Trabajadores			
Estatales	84,7	13,2	97,9
Pequeños			
agricultores	1,2	0,05	1,25
Trabajadores por			
cuenta propia	0,7	0,0	0,7
Trabajadores			
contratados	0,2	0,0	0,2
TOTAL	86,8	13,25	100,0

TABLA IV

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DEL MARIEL SEGÚN LAS CATEGORÍAS OCUPACIONALES DE TODOS LOS TRABAJADORES ESTATALES

<u>Categorías</u>	<u>%</u>
Técnicos	11,0
Dirigentes	0,4
Trabajadores administrativos	8,0
Trabajadores de los servicios	18,0
Obreros	61,0
-Obreros calificados	18,0
-Operarios	10,0
-Choferes	12,0
-Obreros manuales	20,0
-Obreros agrícolas	1,0